

aquella célebre ciudad, á lo que allí se denomina la festividad de las reliquias, que se celebra cada siete años en el mes de Julio, os enseñarán desde arriba de los balaustrados, carcomidos por el tiempo, de la torre erigida por Cárlos, huesos que tienen las inmensas dimensiones de los de un gigante; estos son los de Carlo-Magno, que se han traído del sepulcro como santas reliquias. Pero á pesar de la magnitud de estos restos de un cuerpo agigantado, son bien miserables y pequeños, si se les compara con el alma que en otro tiempo los animara.

DIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

He aquí, queridos niños, la festividad de vuestra predilección. Hoy es la música mas melodiosa, son mas ricos los ornamentos y mas numerosos los sacerdotes. Las capillas resplandecen, centellean los altares, cúbrese de rosas y de campánulas el pavimento de la iglesia, y embalsámase el aire con el aroma, el incienso y las flores.

Os gusta, ¿es verdad? ver como desfilan, por entre dos hileras de fieles prosternados, las prolongadas procesiones. La cruz, las banderolas de distintos colores, las doncellas vestidas de blanco, los cirios encendidos, los incensarios que suben y bajan, los monaguillos con sus cestitos adornados de cintas, todo esto os anima y enagena. Lo que mas admiracion os causa es ese magnífico tabernáculo que oculta á medias al Divinísimo cuando atraviesa, para bendeciros, los costados del templo ó las calles de la ciudad adornadas en demostracion de respeto y de gozo.

Pues bien, la pompa de esta festividad es muy inferior en grandeza al misterio que nos recuerda.

La víspera de su muerte fué cuando instituyó Jesucristo el Sacramento de la Eucaristía.—Estando cenando con sus apóstoles tomó pan, lo bendijo y lo distribuyó entre ellos diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo. En seguida vertió vino en la copa, lo bendijo, como lo habia hecho con el pan, y se los dió á beber diciendo: Bebed todos, esta es mi sangre.

De este modo daba principio el Salvador al gran milagro de amor que se prosigue operando entre nosotros, y que renueva á cada instante la Iglesia ante nuestros altares. El Juéves Santo, que fué el dia en que se instituyera el Sacramento, debia ser naturalmente el dia de esta festividad. Pero la Semana Santa es una semana de dolores, y se ha perferi-

do remitir á un poco mas adelante la enunciada fiesta. Establecióla un papa de origen francés, llamado Urbano IV. Celebróse á los principios en una que otra diócesis, y despues se propagó en todos los pueblos cristianos, deseosos de recibir la bendicion solemne de su Dios.

Cuando vuestras madres, niños queridos, os hacen inclinar la cabeza, no es por el sol dorado que tiene el sacerdote en sus manos ante vosotros, sino por la hostia consagrada que guarda ese sol en el centro; es decir, por el cuerpo de Jesucristo, que se os muestra bajo la apariencia de pan, á fin de que le adoreis y le tributeis vuestro amor. No le olvidéis ni por un momento mientras dure la ceremonia, y procurad que la pompa que en esta ocasion despliega la Iglesia, no os haga perder de vista al Divino Redentor, que es el objeto de la fiesta.

LA CERVATA DE SERTORIO.

“Las pequeñas causas son las que producen los grandes efectos,” dice un proverbio, y este proverbio tiene mil razones; porque tal es la historia de casi todos los mas memorables sucesos de este mundo, y el origen de los descubrimientos mas interesantes que haya hecho el hombre. ¡Ah! cosa muy curiosa seria, hijos míos, referir el origen de todas las cosas. La bellota produce el encino, y el granó la espiga: el nacimiento de un caudadoso rio compónese muchas veces de un modesto arroyo: lo mismo sucede con las creaciones del hombre, con la mayor parte de los sucesos que á vuestra vista pasan. ¡Las pequeñas causas son las que producen los grandes efectos! Entre mil ejemplos que podria citar en apoyo de este dicho, voy á elegir el primero que á la memoria se me presente. Hubo todo un pueblo que fué vencido, sojuzgado. . . . y esto, ¿gracias á quién? á una corza. Escuchadme.

Sertorio era un general romano; hábale enviado á España el senado para que sojuzgase á los pueblos de aquella comarca, quienes, por medio de frecuentes sediciones, se habian sustraído del dominio de la república.

Sertorio, como hombre diestro y prudente, procuraba vencer á su enemigos mas bien por medio de la persuasion que por el de las armas: en vez de tratarlos con dureza, esforzabase en mitigar, por todos los medios posibles, el yugo que les imponia. Esto hizo que los españoles, lejos de combatir contra él, procuraban tenerle contento, y las mas veces venian á prestarle obediencia y á presentarle obsequios.

Hubo un día en que un pobre aldeano, no sabiendo qué obsequio hacer al general romano, le regaló una cervatilla de singular blancura, á la cual habia abandonado la madre al acercarse á ésta los cazadores. Rióse á los principios Sertorio de tan original regalo: la cervatilla arrojaba unos balidos que daba compasion oír: cualquiera que no hubiera sido el general romano, habria mandado simplemente que la pusiesen al arado; pero nada de esto hizo Sertorio; dió orden de que le cuidasen el animalito con mucho esmero y retribuyó con generosidad al campesino.

Poco á poco fué tomando el general un singular cariño á la pobre cervatilla: la causa era, digámoslo entre nos, que tenia con relacion al animal sus planes secretos; queria servirse de él como de un poderoso auxiliar en su guerra contra los españoles. Pero ya os estais riendo, niños, y estoy seguro de que decís: “¿Cómo, cómo está eso? ¡Una cervata para pelear con hombres! ¡Luego eran muy terribles sus cuernos!” Reios, reios; ya veréis.

Los pueblos en medio de los cuales se hallaba Sertorio, eran crédulos y supersticiosos; y tanto como vosotros mismos lo sois cuando creéis en almas en pena y apariciones, ó como esas santas mugeres que están creyendo en la buena ventura y en los hechiceros que predicen el provenir. Ahora ya concebís seguramente que Sertorio, viendo cuan ignorantes eran los hombres con quienes luchaba, habia trasformado á su linda cervata en una especie de genio familiar, para hacer creer que cuanto secreto habia le revelaba, del mismo modo que cierto dedillo meñique, ¿me entendéis? lo contaba todo, en un tiempo, á vuestra madre.

Volviendo á nuestra historia, habeis de estar en que la amada cervatilla no se apartaba de las piernas de Sertorio, estregando constantemente sus cuernos contra él, balando y mirándole del modo más original: acariciábala Sertorio, y decia como sin intento siempre que se ofrecia, que Diana, la diosa de los cazadores, le habia enviado aquel portentoso animal, para que le revelase cuanto acontecia donde él no estaba. Cuando se le presentaba algún correo comunicándole una noticia, recomendábale el secreto, y dirigiéndose á los españoles les decia: “Mi cervata me ha comunicado esto ú lo otro: sé que quereis insurreccionaros; pero entended que no daréis paso que yo inmediatamente no sepa.” Y los españoles, sumamente admirados, se quedaban mirándose unos á otros, y ya no se atrevian á moverse.

Desgraciadamente llegó un día en que la cierva se huyó á los bosques, y desde entonces ya no se la volvió á ver. Esta desaparicion hizo creer á los españoles que, pues el general romano habia perdido su genio familiar, ya no tenia potestad alguna sobre ellos. ¿Qué hacen? Por este



Ah! curiosillo... dijo la maliciosa niña amenazándole con el dedo.

Litog. de Decaen.

6 por aquel pretexto toman las armas repentinamente y ahí los teneis insurreccionados.

Sertorio, absolutamente entregado á combinar los medios de sofocar la insurreccion, preparábase á combatir, sin acordarse ya de su hermosa cierva sino para dolerse de haberla perdido; cuando estando á punto de ir á dar batalla, ve correr hácia él, alegre y brincando, el pobre animal que juzgaba muerto: encarga á los suyos que guarden el mayor secreto; preséntase á los caudillos de los españoles y les dice con alborozo: "Acabo de recibir escelentes noticias; no tardará en volver mi cierva."

Cuando esto decia aparécese la cierva, corre hácia Sertorio y le lame la mano derecha como habia acostumbrado hacerlo. Entonces los bárbaros, estáticos, mudos de sorpresa, esclaman: "No hay remedio, el cielo favorece á este hombre." Tal incidente ocasionó que Sertorio les infundiese sumo respeto, y desde aquel dia se le mostraron siempre sumisos.

Esta historia es cierta, hijos míos; sin embargo, no la tomeis muy á lo serio, ni como los españoles de aquel tiempo vayais á creer que hay de esas ciervas portentosas.

JUAN DE BRIE.

I.

EL BUEN PASTORCITO.

—CARNEROS, carneritos blancos, decia una mañana del mes de Mayo de 1369, un pastorcillo de la Brie, cuya edad seria la de diez años, al abrir la puerta de su aprisco, y haciendo una caricia á cada carnero que pasaba delante de él caracoleando.

—Venid: hace buen tiempo, se levanta el sol y la yerba está cubierta de rocío, que debe darle un sabor delicioso; venid conmigo, vamos, amigos míos; vámonos allá, á la pradera.....; Ah, cuánto os quiero, chulos, blancos y mansos carneritos!

Y colocándose con un perro negro tan grande como él, detras de su rebaño, púsose el pastorcillo á trepar por una colina, á la falda de la cual estaba el aprisco.

Cuando llegado á la mitad de la pendiente, volvió los ojos á la izquierda, hácia una gran casa blanca, cuyas ventanas estaban abiertas,